



HAY PARA CONTAR

QUERÉTARO 2016

Gaceta oficial gratuita • Hay Festival Querétaro 2016 • Año 1 • Número 1 • 1 de septiembre de 2016

J.M.G. Le Clézio |

Escribir, leer, viajar...

De cierta manera, la literatura es la encarnación de la incertidumbre y de la ignorancia. Si consideramos la historia literaria del mundo, descubrimos que no fue el remedio a ningún mal, y que nunca supo preservarnos de los peligros de la existencia. Sin embargo, cada vez que la necesidad se hacía sentir, la literatura fue una poderosa palanca para sostener el combate de los hombres por la justicia, por la esperanza de una vida mejor. Es esta parte humana de la literatura, con sus contradicciones y sus imperfecciones, la que nos convence y nos otorga un porvenir. Los textos que hoy nos emocionan, aun si fueron escritos para otros tiempos y en otros lugares, nos exigen nuestra parte menos lógica y menos realista. Los héroes de las grandes novelas y de las epopeyas no son modelos. Ulises, el héroe de la historia de los griegos antiguos, es un mentiroso, astuto y cruel cuando es necesario, que abandona la paz de su hogar y condena a su mujer a la desdicha, por el simple placer de recorrer el mundo. Tristán, héroe de la gesta céltica, es un seductor que no duda en romper sus votos monásticos y entregarse a la magia para arrancar a Isolda a su marido legítimo, el rey Marco de Irlanda. La gesta de Arturo teje una corona al caballero Lancelot, que tampoco vale mucho. Se introduce de noche en la habitación de Ginebra, y comete una doble traición, en el adulterio y en la confianza de su Rey. Si finalmente decide separarse de la mujer que ha seducido, es menos por amor a la virtud que por su paz interior. Aún en la novela más impregnada de moral –en la literatura francesa sería la célebre *La Princesa de Clèves*, escrita en el siglo XVII por Madame de La Fayette– la lección no está exenta de ambigüedad: si la Princesa de Clèves renuncia al amor no es únicamente por convicción religiosa, es porque en la aristocracia francesa del siglo XVI una mujer debe mantener su papel, aun a costa de su felicidad, para no ser privada de sus derechos. No es una apuesta por la eternidad; se trata de pagar el precio de los privilegios de su clase. De forma inversa, la obra de Gao Xue Qin (*Sueño en el pabellón rojo*) es una novela que hace un examen minucioso de las instituciones, su materia es exponer las pasiones y las prohibiciones en uso en la nobleza Han de China, una clase social tan extranjera al pueblo como pueden serlo criaturas llegadas de otro planeta. Desde esos ejemplos antiguos, la literatura nunca ha cesado de estar al margen de la moral oficial, cuando no se ha opuesto directamente a ella. Sería inútil y casi cómico querer buscar ejemplos de conductas a seguir, para nuestros jóvenes lectores y lectoras, en las obras tan poco recomendables como las novelas de Dostoievski, de Flaubert, de Thackeray o de Madame Colette. La literatura contemporánea se ha hecho incluso especialista en desenmascarar a los héroes nacionales y en propagar las ignominias del siglo: buscaríamos



J.M.G. Le Clézio
© Daniel Mordzinski

en vano modelos en el personaje de Roquentin de la *Nausea* de Sartre, o en Meursault, asesino racista de *El extranjero* de Camus. Beckett, Oé Kenzaburo, Philip Roth, Mo Yan, Carlos Fuentes, han creado magníficos tipos de canallas o de bandidos, dignos de los personajes de la mayor novela jamás escrita, el *Quijote* de Miguel de Cervantes, modelo para la literatura universal.

En una encuesta publicada hace tiempo en un semanario francés, encuesta hecha a partir del célebre cuestionario de los surrealistas: ¿por qué escribe?, muchos escritores respondieron cosas sensatas, incluso divertidas. Se recuerda la respuesta lacónica del irlandés Samuel Beckett: «Bueno, sólo por eso». La respuesta que prefiero es la del novelista chino Pa Kin, autor de *Noche helada*: «Porque la hermosa vida es demasiado corta». Cualquiera que sea el objetivo perseguido por el escritor —el novelista, el poeta, el hombre de teatro— es cierto que comporta esa parte de lamento, esa especie de dolor sordo que proviene del sentimiento del tiempo que huye. No es la nostalgia. La literatura no tiene nada que ver con esa impresión melancólica, fundada sobre la reminiscencia y la rumia. Aun los escritores que parecen más cercanos a esta complacencia, en realidad están muy lejos de ella. Proust, Lao She, ni siquiera las hermanas Brontë están afligidas por ese mal: lo que escriben no tiene nada que ver con la memoria, en el sentido extremo de esa palabra. Escriben, aunque no lo parezca, sobre el presente, su presente, esa cualidad de recreación que es una especie de pasta hecha de recuerdos, de reminiscencias literarias y de proyección en el porvenir; esa pasta podría ser de hecho simplemente el sentimiento del presente.

«La hermosa vida es demasiado corta». El trabajo, la felicidad de escribir, están unidos a esa necesidad de agregar substancia a la vida, no para hacerla durar, sino para darle una materialidad que la salve de la nada.

Escribir para vivir: toda escritura está arraigada en la vida. Aquello a lo que da nacimiento está ligado al ser profundo, interior, al ser en movimiento. Una de las grandes novelistas estadounidenses, Flannery O'Connor, confesaba ese vínculo entre la escritura y su propia vida. ¿Acaso no decía que todo lo que sentimos, que todo lo que comprendemos, proviene de ese periodo de la existencia que se sitúa entre el descubrimiento de la consciencia, a la edad de seis o siete años, y la entrada a la edad adulta, alrededor de la edad de quince años? Todo: la belleza del mundo, el amor por los otros, los sentimientos de comunidad, pero también el odio, la injusticia, los deseos inconfesables y las pulsiones criminales. Flannery O'Connor se sirvió de esa experiencia breve de la vida para alimentar una obra compleja e imaginativa, colmada de pasiones y de sobresaltos. Y eso es aún más sorprendente cuando sabemos que, desde muy joven, estaba inmóvil en la cama debido a una enfermedad incurable, y que en suma sólo conoció la vida a través de lo que imaginó en sus escritos. La experiencia de Flannery O'Connor, por supuesto, es extrema. La mayor parte de los seres humanos, cuando deciden escribir, ya han tenido un conocimiento directo de las cosas de la vida. Algunos tuvieron una existencia aventurera, como Joseph Conrad o Wu Cheng En, el autor de las *Peregrinaciones hacia Occidente*. Otros tuvieron una

doble vida: Christine de Pisan, una de las mayores poetisas del Renacimiento francés, practicó la astrología y la medicina, como su padre. Marguerite de Navarre, autora del *Heptaméron*, fue Reina de Navarra antes de ser novelista. El ejemplo más sorprendente es el de Colette, autora de *Trigo en la hierba* y de *Gigi*, quien fue bailarina desnuda en el Bataclan de París antes de consagrarse a la literatura. Pero esos ejemplos no invalidan en lo absoluto la profunda originalidad de la literatura, que es su independencia de la vida. Conexa, a veces perpendicular, pero siempre autónoma, perteneciente de alguna forma a otra vida, a un mundo virtual.

Sin embargo, el vínculo entre la existencia y la literatura es real —¿cómo comprender sin ese vínculo la influencia profunda que los libros ejercen

sobre nosotros?—. La literatura acompaña la vida de los humanos, a lo largo de sus aventuras y de sus descubrimientos. Sin los relatos épicos, ¿qué quedaría de las grandes conquistas de los pueblos, de sus luchas por la supervivencia, del orgullo que han encontrado en su historia? La Historia misma no sería nada sin esos relatos, a veces mentirosos, casi siempre grandilocuentes, siempre exaltantes. Su materia no es la memoria, sino el encantamiento, esa especie de fascinación colectiva que suscitan las palabras, las imágenes y los ritmos del lenguaje.

Me acuerdo de la primera vez que leí un libro moderno. Fue en la adolescencia, al azar de mis lecturas en la biblioteca de barrio donde pedía prestadas novelas sin saber nada de sus autores. Una breve novela, traducida del noruego, escrita por un autor desconocido por mí, Johan Bojer, la novela se llamaba *El camaleón*. Narraba las desaventuras de

un hombre ordinario cuya debilidad de carácter y las circunstancias adversas lo empujaban a metamorfosearse, con el fin de confundirse con el medio que lo rodeaba. Salía del mundo de la infancia en el que los personajes favoritos de las novelas son grandes aventureros, mujeres audaces y ambiciosas que, como los héroes de Dumas, de Stendhal o de Balzac, están dispuestas a todo para conquistar el mundo. *El camaleón* de Bojer por primera vez me daba una justa medida de la vida, que en su conjunto es más bien mediocre y casi siempre aburrida, donde predominaba la cotidianidad más banal —pero lo que no era banal era precisamente esa perfección en la mediocridad—. Creo que ningún libro me ha provocado un shock semejante, que me preparó justamente para el encuentro de las novelas realistas —de Sartre a Beckett, pasando por Kingsley Amis o Malaparte— y por supuesto, el más grande de los contemporáneos, Juan Rulfo. Porque sin duda una de las victorias de nuestra época es haber combatido las mentiras de una literatura cortesana y elitista. En ese combate el gran héroe de la literatura es, sin duda, Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura. Ese hombre de otro tiempo, que sale a combatir los molinos de viento que toma por gigantes, en compañía de su fiel Sancho Panza, es nuestro héroe preferido, porque simboliza el combate contra las falsas ideas de la caballería. Cervantes, aventurero, soldado antes de ser escritor —conoció todas las batallas antes de ser vendido como esclavo al rey de Túnez— conduce su gran combate contra las mentiras de la literatura de corte, y en particular contra una de las novelas más nocivas

La escritura me da sobre todo una satisfacción individual. La literatura me ayuda a vivir, me da el sentimiento de la vida. De esa felicidad egoísta se desprenden todas sus cualidades humanas: no a través del ejemplo; sería muy presuntuoso imaginar al escritor en un papel de profeta, y además sus profecías serían completamente sospechosas.

de su tiempo, el *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo, publicado cincuenta años antes (en 1533). Esa novela fue uno de los libros más leídos de su tiempo, y sirvió de modelo a los conquistadores españoles que partieron a América —fue a tal punto nefasto que el Virrey de la Nueva España debió aprobar un edicto para prohibir su importación a las colonias—. Así vemos a la verdad triunfar sobre la mentira gracias a la literatura —no es indiferente pensar que cada época opera un ajustamiento, y que uno de los papeles de la literatura es el de hacer emerger, para cada generación, aquello que se acerca más a la vida real— y también, lo que no es un favor menor, desinflar las vanas ideas impuestas por las modas efímeras o los dictados políticos.

Escribir, existir. Mi reflexión hasta ahora ha tratado sobre la lectura. No por modestia, sino porque creo que un escritor es, primero y antes que nada, un lector. Si reflexiono sobre el vínculo que une mi propia vida a mi gusto por la escritura veo, primero, la lectura, en la medida en que lo que escribo no puede ser más que una prolongación, o una variación, de los libros que he leído y que he amado. Me resulta muy difícil, creo, disociar mis sentimientos vividos de las impresiones de mis lecturas. Cuando pienso en la consciencia de uno mismo, aparece primero la imagen de un cazador entumecido por el frío que observa el movimiento de sus dedos mientras que el hielo va cubriendo su cuerpo, que he retenido de *Colmillo Blanco* de Jack London. Cuando pienso en el amor, son las palabras que murmura Julieta separada de Romeo, en la pieza de Shakespeare, lo que me viene a la mente: «Nurse sweet nurse, where is my love?» No porque me agraden las citas —esa aficción incurable tanto de los eruditos como de aquellos que carecen de cultura— sino porque, de cierta forma, la literatura, lo queramos o no, sustituye a veces a nuestra propia memoria. Los libros, los textos, las palabras crecen con nosotros. Evolucionan, cambian de sentido y de color a medida que los estratos de la vida se suceden. Lo que ahí busco, y a veces encuentro, no es el inventario exacto de los hechos, sino el sentimiento de la vida. ¿Qué me importa el color del cielo en aquel día, o la sucesión de los acontecimientos? ¿Qué me importa la verdad histórica? Sé bien que de cualquier manera ningún instrumento, ninguna placa sensible, ninguna grabación sonora, podrán restituirme la realidad. Esos elementos de mi vida, esos rostros, esas palabras, esos olores, están en el fondo de mí, en

un receptáculo increíblemente profundo y complejo, y sólo la escritura, con su oscilación, con su poder casi mágico, es capaz de hacerlos resurgir. No existe otra razón para esta necesidad.

Es verdad, he viajado. Es un lujo de los tiempos modernos. Hace cien años hubiese sido complicado. Las fronteras no existían como ahora, y no había necesidad de mostrar nuestros certificados de vacunación o los registros de nuestras cuentas en el banco. Pero las fronteras interiores eran aún más intransgredibles. Arthur Rimbaud, el «hombre de las suelas de viento» (Verlaine), después de haber imaginado países extraordinariamente nuevos gracias a sus poemas, decide ver el mundo, y es para convertirse en traficante de armas y de marfiles para una miserable oficina de comercio en Abisinia. Los viajes que he hecho no me han servido para escribir mis libros. En realidad, es lo contrario: nunca escribo tan bien sobre el mar como cuando vivo en Nuevo México, en el desierto estadounidense, a dos mil kilómetros de los dos océanos. Sentado frente a mi mesa, iluminado por una ventana que da a un muro, puedo imaginar el fondo de los mares visitados por las pescadoras de moluscos de la pequeña isla de Jeju, en las costas de Corea. Escribí *Proceso verbal* en el salón trasero de un café de Niza, y *El africano* en un cubículo sin ventanas, en la Muy Grande Biblioteca de París. A veces me parece que sólo con esas imposiciones, bajo la presión obsesiva de los muros, puedo extraer mejor la parte más viva de mi vida, que está hecha de palabras y de frases en movimientos subterráneos, como las venas de lava que animan las solfataras.

La escritura me da sobre todo una satisfacción individual. La literatura me ayuda a vivir, me da el sentimiento de la vida. De esa felicidad egoísta se desprenden todas sus cualidades humanas: no a través del ejemplo; sería muy presuntuoso imaginar al escritor en un papel de profeta, y además sus profecías serían completamente sospechosas. Simplemente percibo la densidad de la existencia a través de las palabras, porque la literatura inventa una compartición. La humanidad del lenguaje es universal. Donde quiera que esté, cualquiera que sea su vida cotidiana y su destino, el lector encuentra en la literatura un medio para conocerse mejor y para conocer mejor al otro, es decir, para sentir el vínculo que lo une a la gran familia de los humanos. •

Traducción de Ernesto Kavi

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Hoy comienza el Hay Festival Querétaro 2016, la séptima edición que se realiza en México. Tras meses de preparativos, durante los cuales hemos trabajado muy de cerca con todos nuestros socios y aliados, con mucha emoción, damos hoy comienzo a la programación del festival, dirigida a personas de todas las edades, y planeada con el deseo de ofrecer al público queretano y a aquellos que nos visiten desde otros estados, una variedad de actividades con personalidades de primer nivel en el mundo de la cultura y las ciencias.

El festival se divide en cuatro ejes de programación: programa general, Hay Joven (eventos para estudiantes universitarios), Hay Festivalito (eventos para niños y jóvenes) y Talento Editorial (actividades con editores sobre el mundo del libro). El conjunto de actividades se plantea como un espacio para descubrir lo que está pasando en disciplinas como la literatura, la ciencia, las artes escénicas y el cine, el periodismo, la música

o los derechos humanos, a través de charlas, debates, talleres, etc. Con un componente importante de participación del espectador, a través de las sesiones de preguntas que cierran la mayoría de las charlas, así como de las firmas de libros, que hemos organizado junto con la Asociación de Libreros de Querétaro, el festival se configura como un espacio para el diálogo y el intercambio de pensamiento. Creemos firmemente en el poder de la palabra para establecer y fortalecer lazos con otras personas, para hacernos pensar y, por qué no, para ofrecernos un espacio para la diversión y el disfrute.

El Municipio de Querétaro, nuestros socios globales de Acción Cultural Española, British Council y la BBC, los apoyos aportados por las embajadas de Francia, Colombia y la Dutch Literature Foundation, la colaboración de universidades como la UAQ, la UNAM, la UVM, la Universidad Cuahtémoc, la Universidad Anáhuac, el ITESM, la UANL o el Instituto MacGill, así como el de un sinnúmero más de colaboradores, permiten la celebración de este festival verdaderamente internacional, en el que participan más de 110 invitados procedentes de 17 países.

Amigos y amigas, les esperamos en Querétaro.

LA ORGANIZACIÓN DEL HAY FESTIVAL

Rosa Beltrán | *Supervivencia del más apto*

DESDE QUE CUMPLÍ SETENTA AÑOS, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistirse en su viudez. Se podría pensar que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. ¿Y alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? La historia de la viuda alegre pertenece al cine y la literatura. En la realidad, las viudas se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se aterra. Por eso he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. A ver, pensemos. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de las viudas? Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Optaremos por los dos. Mi mujer

se agita. Tranquila, le aclaro, para eso está la profilaxis. Le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: adelante, ten ánimo. Más vale empezar a tiempo. Lo primero es caminar por el cuarto sin que te tropieces. Ella da dos pasos y tira la lámpara de pie. ¡Es que nunca antes he sido ciega!, se disculpa. Yo discrepo. Para ser ciega eres pésima, le digo. No usas las yemas de los dedos ni adelantas un pie. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¡Pero si tú ya no estarás!, responde. Muy bien, no estaré, pero ¿y quién me garantiza que no te arrojarás por la ventana? Los ciegos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la ceguera. En cambio tú te confías mucho. Crees que todo es cosa de improvisar. Ella busca una salida. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene mucho más fino que yo. Bueno, intentemos por ahí, le digo, no sea que te quedes sorda. Después de ponerle taponos, le ato unas cuerdas en los dedos anular y medio de las que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle un artefacto

que cumpla esta función cuando yo no esté. Tomé esta medida porque antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era ciega o sorda. Tras varios intentos, decidí atarle cuerdas por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbre, en los brazos, para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera. Con todo, fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Aumenté el grado de dificultad con una mordaza que le impedía gritar, pero ella tuvo otra idea. Los pies, querido, dijo. Pienso que ese sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si no pudiera moverme? No pude más que sonreír. Ya se ve la clase de viuda que serás. Inválida, pero avarienta. Procedimos. Ella dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano me dijo: Mira, podría caminar así, a saltitos. Le expliqué que las cojas tienen problemas mucho peores



Rosa Beltrán
© Daniel Mordzinski

que moverse o no moverse. De hecho, tienen mayores problemas que las tuertas. Un cojo está condenado a la soledad, expliqué. Jamás verás cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, tours de ciegos, pero ¿has visto excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un paralítico, en cambio, es el centro de atención. Piensa y verás: no hay quien se niegue a empujar una silla de ruedas, aunque lo haga de mal modo. A regañadientes se hincó. Trató de avanzar de este modo pero el sobrepeso y las pantorrillas le estorbaban. ¡Es que no puedo!, dijo. Volví a sonreír. Ya verás que sin mí la vida no es tan sencilla como parece. Y aún nos queda la parálisis, añadí. La conduje al lecho y la até de pies y manos. Acostada en la cama sin poder desplazarse ¿qué podría hacer? Podrías recordarme, sugerí. Me respondió: para qué. Para matar el tiempo, por ejemplo. Si lo único que tendría sería el tiempo ¿para qué querría matarlo?, dijo. Las viudas tienen una lógica implacable. Había que prepararla para cuando la perdiera. A ver, haz de cuenta que no soy el que tú crees, ¿quién soy?, pregunté. Eres ¡un visitante! No. Eres ¡un asaltante! No. Eres... ¡el perro! Cuando se cansó, dijo: tú lo que quieres es volverme loca. Está bien, admití, dejemos este ejercicio. No conocerás esta herramienta. ¡No, por favor!, suplicó, continuemos, te lo ruego.

Los locos son convincentes hasta ese grado en que aun rebelándonos, acaban por tener la razón. •

Estamos trenzados

| Gabriela Jauregui

Nuestros cuerpos
entrenados
en esta trinchera
donde nos tranzas

Sin trabajo
nuestros trastes
trazan hambre
y nos la tragamos

Sin tregua ni traba
triste trajín
de pura transacción
trucha

Pero somos tres
Somos trece
Somos treinta
Un trébol

Hay-on- Hoy

Después de la polémica levantada en ediciones anteriores del Hay Festival, vuelve la sección favorita del público, Hay-on-Hoy, para traerles a los lectores de *Hay para contar Querétaro* los chismes y rumores más picantes sobre algunos de los participantes del festival, para que puedan tener un vistazo de lo que ocurre detrás de las cámaras.

Esta redacción supo de muy buena fuente que la visita de uno de los escritores más esperados del festival, que tiene suspirando principalmente a las damas queretanas ante la posibilidad de contemplarlo en persona, el gran Emiliano Monge, estuvo a punto de ser cancelada, y tan sólo se aseguró su presencia después de una complicada negociación, en la que las organizadoras hicieron gala de sus grandes habilidades diplomáticas. Al parecer, el problema comenzó cuando Emiliano les envió un correo electrónico donde enlistaba las más de 200 enfermedades terminales que afirma tener en este momento, mismas que lo obligan a asegurarse de la existencia de una farmacia que abra las 24 horas, a una distancia no mayor a 500 metros de su hotel. Asimismo, siempre en un tono muy amable y respetuoso, Monge pidió que la camioneta que lo transportaría de su hogar en la Ciudad de México hasta Querétaro fuera escoltada en todo momento por un convoy de ambulancias, por cualquier cosa que pudiera ofrecerse por el camino. Por último, manifestó la necesidad de que cada alimento que degustase sea analizado previamente por un laboratorio con certificación internacional, con el fin de evitar que, como ya le sucedió una vez, le tocara un camarón envenenado que le transmitiera una enfermedad crónica e incurable. Por fortuna, las organizadoras lograron acceder a todas sus peticiones, con lo cual Monge ya se encuentra deambulando por Querétaro, destrozando corazones a su paso.

Fuentes anónimas del Hay Festival le contaron a esta redacción su inmensa alegría al haberse materializado la bella ciudad de Querétaro como nueva sede mexicana del festival, pues ante el accidentado recorrido previo, que por distintas razones obligó a que se celebrara ya en tres sedes distintas de nuestro país, se contempló por un tiempo la posibilidad de celebrar un festival nómada, itinerante, que fuera recorriendo México en una caravana compuesta por carrozas al estilo Viejo Oeste. Bajo ese formato, los invitados deberían dormir y asearse en las carrozas, que incluso contarían con cuchillos para ser utilizados como navajas de afeitar. En un despliegue de su espíritu democrático, el festival se habría propuesto visitar cada municipio del país, por lo que para efectos prácticos se hubiera convertido en una fiesta de las letras permanente. Entre varios beneficios potenciales, los organizadores veían con buenos ojos la idea de ser el primer festival en la historia que pudiera jactarse de invitar a escritores jóvenes al comienzo, y que al terminar el festival pudieran haberse convertido ya en escritores consagrados.

Entrevista con | Eduardo Rabasa

Juan Cárdenas

Me parece que tanto en *Los estratos* como en *Ornamento* retratas con gran agudeza, precisión, ironía y humor ciertos rasgos de la sociedad colombiana (¿latinoamericana?) que tienen que ver con estructuras y prejuicios raciales, de clase, machistas, etc. Si estás de acuerdo, ¿qué ventajas consideras que tiene la ficción para hablar de estos temas de los que, por cierto, me parece que son bastante pocos los escritores contemporáneos que los abordan?

Creo que no se trata de que los rasgos de la realidad aparezcan fielmente traspassados en la ficción. Al revés, lo mío es más bien un juego de distorsiones. En ese sentido es muy pertinente que hables de un «retrato», que es una noción muy ambigua, en la que de entrada se da a entender que el objeto de la imagen —ese rostro de lo real que, como tal, no se puede captar directamente— sufre una relectura, que es una versión, una réplica, incluso una máscara. Esta idea se acerca más a lo que trato de hacer en mis novelas: hago máscaras que se ponen sobre el rostro de lo real, máscaras monstruosas, deformes, máscaras de carnaval o de las que se usan en los rituales de las sociedades primitivas para traer a escena a algún espíritu. Esos temas que mencionas los concibo en un sentido musical, es decir, como melodías que se repiten y aportan una cierta estructura armónica al conjunto, pero nunca como contenidos.

En *Los estratos* la figura de la nana del protagonista juega un papel fundamental, aunque de manera un tanto fantasmática. Me parece que es una figura que retrata a la perfección muchas de las ambivalencias, contradicciones y aberraciones de la brutal jerarquía racial y de clases en Latinoamérica. ¿Nos podrías decir algo más acerca de este personaje en términos literarios? ¿Por qué te pareció importante abordarlo? ¿Encontraste dificultades para encontrar una distancia justa, de modo que tu novela no fuera ni condescendiente ni cruel con ella?

Empecé a pensar en eso de la nana después de leer un texto del historiador italiano Carlo Ginzburg sobre el famoso caso freudiano del niño que soñaba con lobos. Ginzburg detecta que Freud reconduce una y otra vez su diagnóstico al esquema libidinal edípico, papá-mamá-niño traumatizado, pero nunca repara en el detalle de que el niño tenía una nana rusa que le contaba cuentos fantásticos antes de irse a dormir. Y a continuación, Ginzburg hace uno de esos increíbles rastreos microhistóricos sobre el folclore de media



Juan Cárdenas
© Oswaldo Ruiz

Europa acerca de los lobos y la licantropía, dando a entender que ese niño se había convertido en una especie de archivo involuntario de capas y capas de relatos míticos. Esa idea me pareció muy poderosa y de inmediato pensé en mi propia biografía, en la biografía de mucha gente que conozco, en la figura de la nana sudaca, la subalterna que inocular el virus de la subalternidad en el inconsciente de tantísimos niños latinoamericanos. Y así fue creciendo ese personaje, que no es tanto un personaje, como una máquina, como una licuadora, el vórtice en cuyo centro vacío se tritura todo lo demás.

A menudo se utilizan adjetivos como «ritmo» y «musicalidad» de manera un tanto ligera, pero me parece que casi cualquier lector que conozca tus libros notará justamente que tu prosa es bastante rítmica y musical, o al menos así me lo parece a mí. La primera pregunta es si estás de acuerdo con este juicio y, en caso de que sí, la segunda sería si es un efecto consciente a la hora de escribir, o es simplemente un estilo narrativo inherente, que de alguna forma brota inconscientemente. Y por último, ¿cuáles serían algunas canciones o grupos que incluirías en un *soundtrack* de tu escritura?

Soy un músico frustrado y un poeta frustrado. No lo digo con coquetería. Es así y punto. Estudié piano desde muy pequeño y desde mi adolescencia quise escribir versos, pero ninguna de las dos cosas me salió bien. Tardé años en encontrar la manera de volcar esas dos frustraciones y de darle salida a mis intuiciones musicales y poéticas en la prosa. Entonces sí hay una especie de cálculo, en el sentido de que me preocupa que en mis textos no haya ripios, ni rimas bobas, ni endecasílabos solemnes, ni versitos saltarines. Calculo todo lo que se puede calcular, cuento las sílabas, leo en voz alta, me mantengo alerta leyendo a los grandes poetas como Ígor Barreto o Jorge Eduardo Eielson, pero es un cálculo dirigido a propiciar el misterio de la música y de la poesía, que son cosas muy difíciles de hallar. Ocurre muy de vez en cuando, casi nunca.

La banda sonora de las novelas es un sancocho de cosas distintísimas. Desde Andrés Landeros hasta Morton Feldman, pasando por Sonic Youth, Leo Dan, Lisandro Mesa, Tim Buckley, Leonardo Favio, los *lieder* de Schubert o Eliane Radigue. Últimamente escucho un montón el *Big Science* de Laurie Anderson. Si me comparo con mi amigo Carlos Pardo, que es la persona más sabia en asuntos musicales que he conocido, no puedo considerarme un melómano. Yo escucho las mismas vainas muchas veces, de modo obsesivo, durante mucho tiempo. Trato de acotar mucho más el terreno.

Creo que una de las muchas claves de lectura para *Ornamento* es la del humor y la sátira, que me parece utilizas con un filo muy preciso. ¿Te parecen elementos constitutivos de esta novela? ¿Por qué decidiste abordarla desde ese registro y no, digamos, desde uno más crudo o descarnado? ¿Crees que es una forma de ofrecerles una cierta redención a algunos de los personajes, al aligerarles de alguna manera su periplo a través del humor negro?

Bueno, a diferencia de los cursis yo no creo que la belleza sea el comienzo de lo terrible. Más bien creo que lo terrible es el comienzo de lo chistoso. Y que lo chistoso es el comienzo de lo terrible. Yo siempre trato de explorar esa tensión. Tampoco creo en el humor o la sátira como géneros en la literatura contemporánea, cosa que casi siempre acaba en la formulita, en el estereotipo o en una forma de sarcasmo arrogante, una risa arrojada desde las alturas de la superioridad moral o intelectual. Creo más bien en lo chistoso, que es como el efecto casi involuntario de un movimiento interno y oscuro. Por eso en el cine, antes que la neurosis pequeñoburguesa de Woody Allen, prefiero las películas de los hermanos Farrelly. La pelea entre Ben Stiller y el perrito en *Something about Mary* es a la vez desternillante y profundamente misteriosa, extraña, ilegible. Te cagas de risa pero en el fondo no sabes muy bien por qué.

Me parece que en *Ornamento* utilizas el tema del aplastante peso social y personal que guarda para las mujeres el tema de la apariencia, como mandato que en más de un sentido determinará el lugar que están llamadas a ocupar en su entorno. Sin embargo, de manera magistral y paradójica, consigues darle un giro que creo que puede incluso verse como una declaración de principios feminista (de una radicalidad casi poética), en contra de los preceptos y la educación que pretenden convertir a las mujeres en

poco más que objetos decorativos. ¿Nos podrías contar un poco qué piensas acerca de estos temas, y por qué decidiste abordarlos de manera tan central en *Ornamento*?

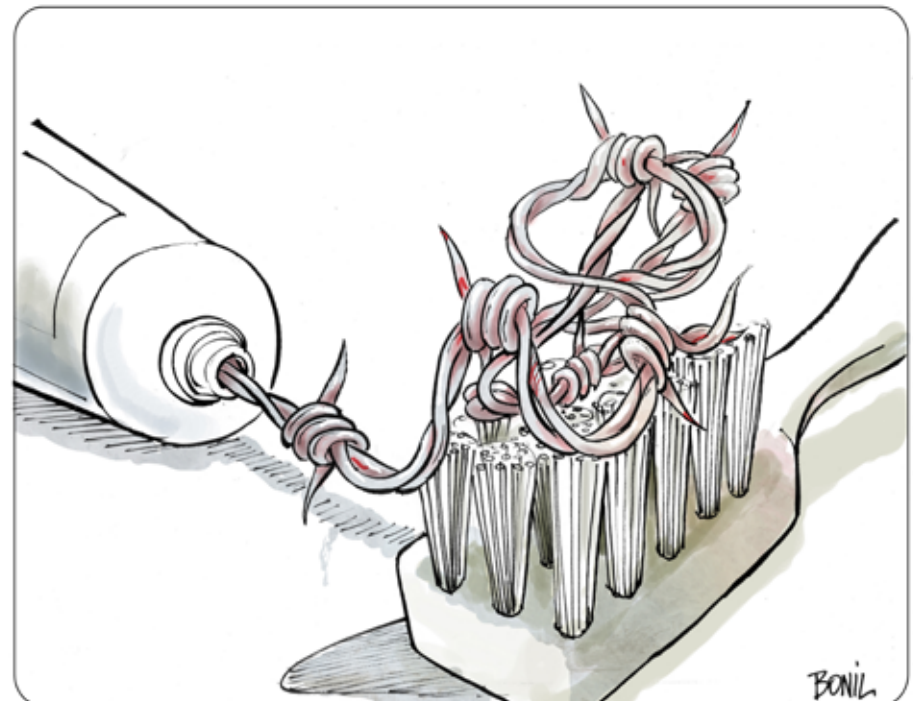
Lo chistoso es que yo quería hacer una novela feminista, militantemente feminista. Pero mis amigas feministas, que son unas cuantas, no dejaban de señalarme que la novela era terriblemente misógina y sus argumentos a la larga fueron tan buenos que acabé entendiendo que *Ornamento* no podía sino ser una novela misógina sobre la misoginia en un contexto de capitalismo periférico. Quizás todavía no hemos llegado a la

etapa histórica en la que un hombre heterosexual, por mucha sensibilidad *queer* que tenga, puede escribir una novela feminista, no sé. *Ornamento* es un fracaso como novela militante. Mis otras novelas son fugas. Esta, en cambio, es una novela carcelaria, sobre gente que no puede, no sabe cómo escapar de la cárcel.

El feminismo es una lucha universal y anticapitalista, nos atañe a todos, no sólo a las feministas, que vendrían a ser como la vanguardia de esa lucha, así como los activistas negros son la vanguardia de una lucha universal contra la segregación racial en la que estamos todos involucrados. Los negros y las mujeres son la clave de este enredo en el que estamos metidos. •

El feminismo es una lucha universal y anticapitalista, nos atañe a todos, no sólo a las feministas, que vendrían a ser como la vanguardia de esa lucha, así como los activistas negros son la vanguardia de una lucha universal contra la segregación racial en la que estamos todos involucrados.

El aliento de la censura Bonil





HAY FESTIVAL QUERÉTARO

www.hayfestival.org/queretaro

[hayfestivalqueretaro](https://www.facebook.com/hayfestivalqueretaro)

[@hayfestival_esp](https://twitter.com/hayfestival_esp)

[#HayQuerétaro16](https://twitter.com/hashtag/HayQuerétaro16)

Actividades del jueves 1 de septiembre

Escritores en el objetivo de Daniel Mordzinski

[HJ1] 13:00 - 14:00

Universidad Anáhuac, Aula

Magna Edificio C

Evento para estudiantes universitarios

Elena Poniatowska en conversación con Xavier Ayén

[01] 17:00 - 18:00

Teatro de la Ciudad

Carlos Franz y Gastón García Marinozzi en conversación con Pablo Duarte

[02] 17:00 - 18:00

Cineteatro Rosalío Solano

De novelas. Carolina Sanín y Emiliano Monge en conversación con Yael Weiss

[03] 17:00 - 18:00

Museo Regional

Con el apoyo de la Embajada de Colombia

El show de Gary. Monólogo de Nell Leyshon

[HJ2] 18:00 - 19:00

Universidad ITESM, Campus Querétaro

Evento para estudiantes universitarios.

Evento en inglés.

Con el apoyo del British Council

Jorge Perugorria en conversación con Mariana H

[04] 19:00 - 20:00

Teatro de la Ciudad

Proyección de My Nazi Legacy

[05] 19:00 - 20:30

Cineteatro Rosalío Solano

Duración: 92 minutos.

Inglés con subtítulos en español.

Con el apoyo del British Council

The Suffers en concierto

[07] 20:00 - 21:00

Plaza Fundadores

La foto del día

In Memoriam. Nacho Padilla (1968-2016)

Daniel Mordzinski



© Daniel Mordzinski

Traducción simultánea Versión original subtitulada

Evento gratuito Interpretación a lengua de señas

Literatura Arte Cine Música

Ciencia Periodismo Derechos Humanos

Patrocinador principal



Socios globales

